



Temas de debate

BOLETÍN DEL PROGRAMA DE INVESTIGACIÓN ESTRATÉGICA EN BOLIVIA

Los bolivianos recorren su territorio con tanta intensidad, empeño y decisión que desdican, desde las migraciones, el discurso del país imposible, de la Bolivia agónica. Los permanentes tránsitos y desplazamientos poblacionales dentro de Bolivia resultan, a la luz de la cotidianidad, fuentes de identidad colectiva, fértiles espacios de interculturalidad y de construcción de andamiajes organizativos. Pese a su mala prensa, las migraciones son patrimonio de la diversidad cultural y un auténtico foro constituyente.

El país de las migraciones

LAS MIGRACIONES COMO PATRIMONIO Y DIVERSIDAD CULTURAL¹

Una de las manifestaciones más claras —pero menos estudiadas— de la extraordinaria diversidad cultural de Bolivia es la forma en que su gente se desplaza por el territorio; la forma de sus migraciones.

1.241.772 bolivianos viven en un departamento distinto al de su nacimiento. En otras palabras, 15 de cada cien bolivianos emigraron dentro de su propio país; abandonaron su lugar de nacimiento buscando otro espacio donde residir. Algo que, en la técnica demográfica, se expresa recurriendo a un indicador: la Tasa de Población Migrante en Bolivia es de 15.23 por ciento.

Un indicador que, sin embargo, sólo muestra parcialmente el tamaño de las migraciones internas ya que únicamente mide los flujos migratorios entre departamentos (interdepartamentales) y no así entre provincias o municipios. No cabe duda que, por mucho esfuerzo censal que se aplique, todo indicador resultará insuficiente y desbordado por la multiplicidad y la vitalidad con las que se transita la geografía boliviana.

Así que de los números sólo cabe esperar una descripción a brochazos del fenómeno migratorio interno. En general y a grandes rasgos se puede advertir que se trata de una dinámica cada vez más intensa (*entre 1995 y 2001, el 6 por ciento de la población de cinco o más años—424.671 habitantes— cambió de residencia*) y con claros flujos de emisión y de destino.

En este sentido, el signo de los Saldos Migratorios (SM) [*diferencia entre el número de inmigrantes y emigrantes por departamento*] señala, inequívocamente, la dirección de los grandes movimientos de población.

Santa Cruz (+ 422.607), Cochabamba (+ 88.524), Tarija (+ 47.272) y Pando (+ 4.660) registran saldos migratorios positivos, mientras que, contrariamente, los departamentos de Potosí (- 265.545), Oruro (- 100.762),



Francisco Aguilar

Chuquisaca (- 93.159), La Paz (- 59.400) y Beni (- 44.107) expulsan más población de la que reciben.

Narrativamente, estos números pueden prestarse para sostener todo tipo de teorías. Los afectos a las “dos (o más) Bolivias” encontrarán aquí la constatación de un país geográficamente inclinado hacia la derecha (que se derrama, poblacionalmente, hacia Santa Cruz); los de la derecha vociferarán, enardecidos, que el Ande se les viene encima (494.148 “cruceños” —casi una cuarta parte de la población total de Santa Cruz— son inmigrantes).

Algo que, sin duda, también se puede ver desde el otro extremo, el de la despedida, el desarraigo y la vulnerabilidad del emigrante: casi la mitad de los potosinos (301.120 sobre una población total de 709.013) viven fuera de Potosí.

Pero más allá de la interpretación por la que se opte, estos datos conducen a dos fenómenos mayores, de alcance global y casi simétricos: Bolivia se urbaniza a expensas de un agudo proceso de desruralización. En 1976, por cada 100 habitantes urbanos había 142 habitantes rurales; en 2001 por cada 100 ciudadanos

que viven en las ciudades, 60 subsisten en el campo. Este cambio brusco en la composición poblacional (Bolivia deja de ser un país predominantemente rural entre 1984 y 1985), también se puede leer inversamente: las ciudades se ruralizan; el campo —con sus cultivos achicados, sus animales cercados, sus prácticas y sus olores— se instala en un paisaje atípico, en la periferia de las ciudades.

Urbanización y desruralización son sólo dos apuntes de una compleja combinatoria social, inmensamente oculta detrás de las estadísticas migratorias. Combinatoria que, notoriamente, está ausente del debate público. Usualmente, el debate entorno a los fenómenos migratorios apenas supera las definiciones de manual (*“La migración como el movimiento o desplazamiento de las personas de un lugar a otro con la intención de adoptar una nueva residencia”*) o la reincidencia en tópicos al gusto: *“Emigran porque buscan mejores condiciones de vida”*.

La información que la opinión pública recibe sobre los cotidianos movimientos migratorios es vaga, imprecisa y sigue anclada en estereotipos que promueven y

(pasa a la página 2)

¹ Los datos contenidos en esta nota han sido obtenidos o elaborados en base al documento *Bolivia: Características sociodemográficas de la población*. INE. 2005.

Para el Estado, las migraciones internas son todavía un fenómeno del que se sabe poco. Según René Pereira, Secretario Técnico del Consejo de Población (CODEPO), durante los últimos años, las migraciones casi no se han estudiado.

“Las migraciones no están en la agenda de las políticas públicas”

Mientras existe un discurso muy violento en ciertas élites y en algunos medios acerca del país imposible, las migraciones muestran un panorama distinto; de interculturalidad, de construcción de identidad y de organización, ¿qué lectura tiene el Estado de las migraciones internas?

—René Pereira Morató, Secretario Técnico del Consejo de Población (CODEPO).— En primer lugar, debo decir que en estos últimos años se han emprendido pocos estudios sobre el tema migratorio y casi ninguno desde la faceta sociocultural. Por lo tanto lo que voy a señalar son percepciones personales más que un discurso de carácter oficial. Para nosotros las migraciones tienen que ver, fundamentalmente, con la transferencia de fuerza de trabajo y de cosmovisiones. Las comunidades receptoras son enriquecidas porque reciben diferentes visiones, prácticas y formas de vida. A pesar de eso, existe un gran prejuicio hacia el inmigrante, sobre todo es Santa Cruz y también en Tarija que con el tema del gas se está convirtiendo en otro polo de transferencia. Pero yo diría que más que una discriminación por elementos raciales lo que sucede es que estas ciudades no son capaces de hallar respuestas a la presión migratoria, de generar empleo y oportunidades.

Sin embargo, ¿no existe un vínculo entre migración y desarrollo productivo? Por ejemplo, en Santa Cruz, la Cámara Agropecuaria del Oriente (CAO) se refiere a la necesidad de 600 mil trabajadores para sostener la agroindustria cruceña, ¿de dónde procede esa mano de obra?

—Puede ser que empiece a haber un repunte de la dinámica productiva rural del oriente que desde hace unos diez años ha ido viniéndose muy a menos. Antes hablábamos del patrón migratorio rural-urbano, ahora también se puede hablar de migración de ciudades chicas a otras más grandes (patrón urbano-urbano). Actualmente, el 72 por ciento de la población urbana reside en siete grandes ciudades. Es un proceso de alta concentración, la gente ya no se está yendo a ciudades chicas o intermedias. Lo que sucede es que todo este proceso migratorio ha sido espontáneo, caótico y desordenado.

Pero la gente no emigra de manera aleatoria, estos procesos están relacionados con saberes, parentescos, expectativas laborales... ¿Cuál debería ser el papel del Estado?

—El Estado cada vez está con capacidades más limitadas. Lo que hay que pedirle es que por lo menos señalice los ámbitos, que oriente donde sí hay oportunidades y que informe. Porque, en el fondo, este es un tema de carácter estructural que obedece a un modelo de desarrollo demasiado abierto, donde el mercado se ha convertido en el racional fundamental de la economía y de la planificación. Es por eso que tenemos cosas tan contundentes como que, según la Tasa Neta Migratoria, cinco de los nueve departamentos (Potosí, Oruro, Beni, Chuquisaca y La Paz) son expulsores de población. De los 314 municipios reconocidos, 217 —es decir, el 93 por ciento— son expulsores. Hay que decir cosas tan tremendas como que el 95 por ciento de los municipios de Potosí y el 93 por ciento de los de Chuquisaca son expulsores. Y, al contrario, apenas el 31 por ciento de los municipios son receptores y se encuentran en Santa Cruz, Tarija, Cochabamba y —la novedad— en Pando.

Viéndolo desde la óptica municipal, el despoblamiento selectivo de occidente resulta preocupante...

—Lo que se ha establecido en un estudio que hemos realizado en base al Censo 2001 es que la propensión a migrar es mucho mayor en la población educada: siempre tiende a migrar la población que tiene más años de estudios. En cuanto al sexo, ya podríamos hablar de una feminización de las migraciones. Además la gente que emigra es la que está en condiciones de trabajar: Población Económicamente Activa. Entonces, es un capital humano muy rico en las áreas de destino pero el algo realmente calamitoso para las áreas de origen. Por ejemplo, en el caso de Comanche (municipio de Potosí) que muestra una tasa neta migratoria muy negativa —23.13 por mil— lo que queda en el municipio es una población concentrada en la minoridad, crecientemente envejecida y con un recorte muy severo en su capital humano en edad de trabajar. A nosotros nos preocupa el impacto de la emigración en algunas comunidades de alta ruralidad.

¿Cuál es la prioridad para el Estado?

—Hay que considerar que estos temas todavía no están en la agenda de las políticas públicas. Nosotros estamos en esto desde hace muchos años y todavía nos cuesta entender que estas dimensiones sociales no estén presentes en la planificación.

A nivel de Ministerio de Desarrollo Sostenible, la presencia de la temática migratoria no debe ser muy relevante...

—Exacto, exacto, e incluso amenazan con hacer desaparecer lo que es la estructura de planificación lo que sería una barbaridad porque si no tenemos un Estado que por lo menos regule, informe...

Por lo que usted explica lo más relevante basta el momento es que recién el Estado está obteniendo y organizando información sobre el tema...

—Así es. A partir de este mapeo ya sabemos que es lo positivo y lo negativo en materia migratoria, lo que no sabemos son los factores relevantes que están explicando las decisiones de migrar, las consecuencias y los impactos. Hay que investigar más. Por los estudios que tenemos de hace 15 años sabemos que los emigrantes emigran con la pretensión de mejorar sus condiciones de vida pero que cuando llegan al lugar de destino no reducen su nivel de pobreza. Es decir, están reproduciendo su nivel de pobreza originaria en el lugar de destino.

(viene de la página 1)

reproducen actitudes xenofobas. Los medios, sobre todo los locales, han construido discursos sumamente empobrecedores que asocian, mecánicamente, migración a todo aquello que estimule los miedos de la comunidad receptora: inseguridad, invasión, ocupación de tierras, delincuencia, traslado de miseria... En esta línea, el pensamiento más “refinado” se siente ofendido incluso por la estética del inmigrante: sus costumbres y modales campesinos, su decidida e irrevocable forma de ocupar la vía pública recurriendo a la informalidad.

Apología del inmigrante

Ante la manipulación permanente que se hace de su figura, el inmigrante aparece como un ser desprotegido, sumamente frágil a causa del enrarecimiento temporal de sus referentes de pertenencia. De tal forma que el inmigrante asume como “natural” la agresión y la pretensión de restringir, de hecho, su derecho a circular y residir libremente en cualquier parte del país.

Sin embargo —abandonando tópicos y prejuicios moralizantes— una aproximación sociológica al inmigrante permite advertir su definitivo protagonismo como núcleo de una serie de procesos rutinarios y silenciosos que —aún con tensiones y conflictos— configuran la esencia del tejido social boliviano y su más precioso mecanismo de cambio y regeneración.

Desde este ángulo, la migración se revela como algo que va mucho más allá de ser un componente esencial —junto a la fecundidad y a la mortalidad— de la dinámica demográfica. De la estadística humana; del emigrante como unidad de adición o sustracción poblacional se pasa, por la vía de la sociología de las migraciones, a proponer a la colectividad humana que se traslada como una inagotable fuente de significados. En definitiva, como la pieza clave de una sintaxis social cuya estructura se basa en el efecto del movimiento sobre la identidad, la cultura, el mestizaje...

A contrarruta de quienes retratan al emigrante como la encarnación de la miseria, se puede postular a este ser humano —portador de etnicidad, de bártulos y contrariedades, de prácticas y comportamientos dispuestos necesariamente al trueque— como un auténtico e insustituible forjador. A tal extremo que si Bolivia subsiste como idea colectiva, como territorialidad poblada, como imaginación compartida es, sin duda, por sus migraciones.

A continuación, esta afirmación que suena quizá en exceso retórica trata de ser ilustrada, corregida y aumentada a través de un recorrido por textos, imágenes y entrelíneas de seis investigaciones del PIEB que se deslizan por el centro y las orillas de la cuestión migratoria.

LAS MIGRACIONES COMO MODELO DE INTERCULTURALIDAD

Un mercado abarrotado, una feria itinerante o el alcohol derramado en nombre de una virgen circunstancial —estampas y espacios propios de la migración— pueden estar más cerca de la interculturalidad que cualquier esfuerzo teórico por destilar su quintaesencia sociológica.

El inmigrante es, aún sin saberlo, un alquimista social; un practicante —por necesidad— de mezclas de convivencia. Un sujeto perplejo vuelto intersección de teorías (*teoría de la gestión de la ansiedad e incertidumbre; de la adaptación transcultural; de la construcción de la tercera cultura*).

En definitiva, el inmigrante es depositario y recipiente de múltiples relaciones interculturales.

En cada traslado, en cada emigración —adjuntos a los enseres acarreados— viajan memorias, fiestas, genealogías, creencias, músicas, gastronomías, lenguajes, querencias, vestimentas... La materia más íntima de la identidad humana que, durante el trayecto y ya en su destino, fecundará nuevas genealogías sociales.

Interculturalidad entre chapacos, quechuas, aymaras y cambas en Tarija (PIEB: 2003), guaraníes preguntándose si todavía lo son (*Los indígenas olvidados: los guaraní-chiriguano urbanos y periurbanos en Santa Cruz de la Sierra*. PIEB: 2003), jóvenes aymaras haciendo *bip bob* con la fonética de las “kas” postvelares que sus padres trajeron del campo (*Ser joven en El Alto*. PIEB: 2000), “*camba-collas*” dudando sobre si les llegará el turno para participar en *La permanente construcción de lo cruceño* (PIEB: 2003), *tinkus* tolerados en Cobija (*Migraciones internas a Pando y su participación en el desarrollo departamental*. Avance de investigación. PIEB: 2004), manos campesinas del valle central tarijeño cruzando temporalmente la frontera para cosechar frutas y verduras en el norte argentino (*Idas y Venidas*. PIEB: 2000)...

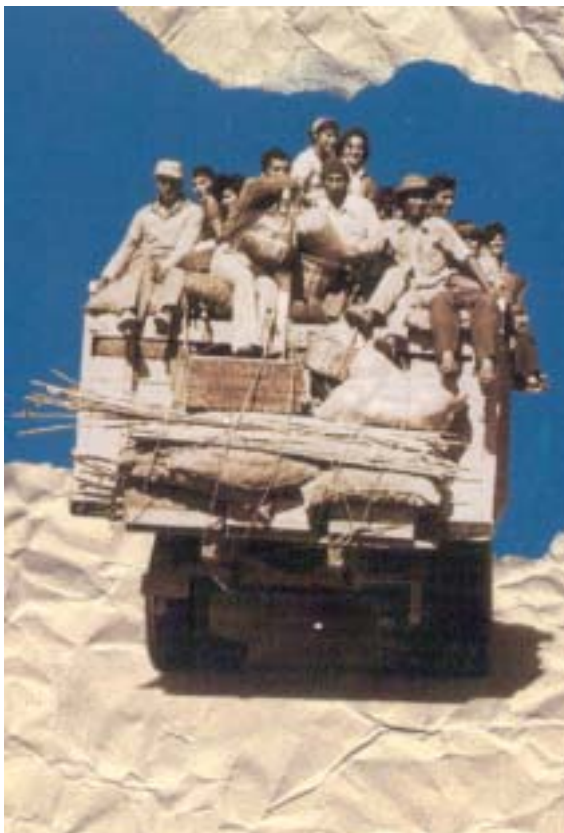
Un *collage* de culturas desplazándose, conjugándose con otras, jugando a la teoría de conjuntos, interfiriéndose, a veces imponiéndose o retirándose, otras dañándose mutuamente. El conflicto, la tensión y el accidente también son —contra lo que se cree comúnmente— facetas inevitables e inherentes al proceso de diálogo entre culturas. Juzgar los tipos de interculturalidad como buenos o malos tendrá, como mucho, utilidad para la moral; para la sociología, en cambio, la interculturalidad simplemente sucede, mostrando magníficos espacios que le permiten al país ser y desear.

La fiesta, el baile y la música

La celebración del Carnaval Andino en el barrio Luis Espinal de Tarija —“en la que no sólo participan los inmigrantes, sino también los chapacos rurales y hasta los de la ciudad”—, la facilidad con la que los jóvenes de El Alto consumen cumbia y tecno sin dejar de bailar *tobas* o *kullawada* en la entrada folclórica por la virgen del Pilar o el sonado agasajo —con amplificación, trago, torta y mariachis— al club de fútbol “Alianza” por su 35 aniversario en Pampa Redonda, comunidad del valle central tarijeño cercana a Concepción (festejo que fue posible por la participación de emigrantes estacionales de vuelta a su comunidad), son repertorios al azar de la fiesta como teatralidad para la reproducción social; como renovación de parentescos y encuentro de culturas.

El poderío del ejercicio intercultural de las migraciones es tal que no sólo *resignifica* las prácticas culturales importadas en su nuevo contexto de residencia sino que, también, alcanza a *recodificarlas* en su mismo lugar de origen. El testimonio de un adulto de Llica, un quechua, ilustra cómo un baile puede ser también trasplantado, contra lo acostumbrado, desde el lugar de residencia del inmigrante hasta el lugar de su emigración. En otras palabras, cómo llevar la cueca tarijeña a Potosí:

“Tenemos el compromiso de regresar como viajeros cada dos años a nuestra tierra para presentar la música y el baile en el festival típico de donde venimos. Nosotros, para la celebración de los cien años de nuestra comunidad, llevamos la cueca y la rueda con los trajes típicos de



Tarija. Así hacen todos los migrantes, por ejemplo, de la Argentina con la zamba y de Chuquisaca con el pujllay”. (*Interculturalidad entre chapacos...*)

Esto sucede, sin embargo, en un contexto de recelo y discriminación hacia lo “colla”, sea quechua o aymara: “*La diferencia biológica se vuelve, por la vía de la interpretación interesada, en desavenencia social y problema cultural*”. Algo que sólo puede ser resuelto con cultura. La música, por ejemplo, aligera y desarma el desencuentro. Sólo hay que escuchar, la emotividad con la que un adulto quechua potosino residente en Tarija narra el triunfo de un “*kaluyito*” en tierra *chapaca*:

“En un cumpleaños, con gente de acá y del Chaco, un artista también chaqueño cantó un kaluyito de Potosí y aunque no lo creas, un chapaco —chapaco, chapaco— pidió que repitiera la canción dos veces y hasta tres veces. Ya estaba bien entonadito y le gustó el kaluyito...”. (*Interculturalidad entre chapacos, quechuas...*)

La música, la coca, la vestimenta, la religiosidad, la *ch'alla* y hasta la gastronomía tienen un enorme poder integrador. Decidir entre loco, cuñapé, jolke, sonso, saice, majao, sopa de cordero o “rostro asado” (posiblemente el plato más poético del país) es, irremediadamente, una cuestión de interculturalidad gastronómica.

LAS MIGRACIONES COMO CRUCIGRAMAS DE IDENTIDAD

Como toda construcción social, las identidades son espacios de creatividad y, a la vez, de permanente manipulación. Desde las migraciones se ponen en juego las creencias en ambas orillas: lo que el inmigrante cree

ser y lo que creen que él es. De por medio hay máscaras, prejuicios, convicciones, retrocesos, mediaciones y hasta génesis de nuevas identidades. Lo étnico, lo rural, lo urbano, lo clasista; todo orbita alrededor de la definición de identidad.

Para ilustrar esta afirmación sólo hay que dejar, por ejemplo, que un chapaco intente definir a un chaqueño:

“(…) Mis paisanos, los chaqueños son talentosos, muchos dicen que tienen la sangre mestiza, mezclada con los guaraníes, con sangre de gente de la frontera; aunque puede ser también la mezcla entre argentino y paraguayo...”. (*Interculturalidad entre chapacos...*)

Toda una construcción ficticia; la identidad hecha de posibilidades, de especulación. Algo que se repite, de manera casi idéntica, cuando un aymara habla de un quechua; un quechua de un camba o viceversa.

Las identidades, como elementos de reconocimiento colectivo, son usadas, recicladas, ajustadas según el propósito: liderazgo regional, sindical, indígena y político. La crisis estatal —admitida dramáticamente por el mismo Estado— ha provocado que las identidades entren, de pleno, en el escenario de los cálculos políticos como parte de múltiples estrategias que confluyen en la anunciada reorganización de la configuración del Estado.

De tal forma que, en este momento, compiten en el país distintos “proyectos de identidad colectiva” (con mayor o menor alcance nacional) que buscan prosperar en la opinión pública, alcanzar la hegemonía y consumarse políticamente. Desde Santa Cruz, las élites empresariales proponen una identidad “*cruceña-camba-oriental*” (de menor a mayor grado o de aglutinación) que, en oposición a lo andino, postula un Estado federal o de autonomías departamentales. Por otra parte, los pueblos indígenas y las organizaciones campesinas, oscilan entre la reivindicación de las nacionalidades originarias (reconocidas como tales y con autonomía de gestión) y la demanda de un Estado soberano y participativo que amplíe drásticamente los espacios de participación para lo indígena.

Todos ellos son discursos en torno a la identidad. La identidad convertida en política, en ejercicio de poder. Sin embargo, las migraciones desdican los discursos extremos. Al ultraregionalismo cabe preguntarle: ¿Qué es lo cruceño —como exacerbación sentimental contra lo andino— cuando el 25 por ciento de los habitantes de Santa Cruz son inmigrantes? ¿Qué estrategias de pertenencia utilizará Pando para sumar a su formulación de identidad a todos los pandinos que nacieron fuera de los límites del departamento (un 30 por ciento aproximadamente)?

Mientras el discurso político insiste, exageradamente, en la inviabilidad nacional —echando mano, si es necesario, de las identidades como un escollo y como una diferencia insalvable— las migraciones muestran un país cuya vitalidad, casi exclusiva, es la diversidad cultural. La migración puede ser leída, entonces, como génesis de nuevas identidades a partir de confrontaciones, asimilaciones, diálogos, concertaciones y disensos.

La condición étnica, por ejemplo, no puede ser la misma en las comunidades de origen que en los barrios periurbanos de destino. “*El mantenimiento, camuflaje o pérdida de la identidad étnica es con frecuencia el*

(pasa a la página 4)

(viene de la página 3)

resultado de una decisión estratégica a veces inconsciente” (Los indígenas olvidados...). De tal manera que los indígenas que llegan a Zona Cruz (capitanía guaraní en Santa Cruz) exponen a la luz de lo urbano todo lo que son: su lengua, sus creencias, su organización...

Y aunque parezca que en territorio urbano la homogeneización es imparable, hay que considerar que “(...) la migración de indígenas a las ciudades no se traduce, necesariamente, en homogeneización, en aculturación. No todos los inmigrantes enfrentan el mismo espacio de la misma manera (...) lo que se traduce en diversidad cultural dentro de las mismas ciudades”. (Los indígenas olvidados...)

LAS MIGRACIONES COMO REDES DE ORGANIZACIÓN SOCIAL

El inmigrante es, por razones obvias, un individuo con un instinto de organización y adaptación hiperdesarrollado. De la forma cómo enfrente la adversidad dependerá, ni más ni menos, que el éxito de su inserción y sus expectativas de prosperar. Siguiendo el rastro de las migraciones se puede reconstruir un sistema de estructuras sociales que —al margen de cualquier participación o auxilio estatal— configuran redes de comunicación, demanda, cooperación y subsistencia del inmigrante.

Urbanismo migratorio, dirigencias “collas” en Pando y ferias monumentales

En Tarija, los inmigrantes andinos de los barrios marginales Juan Pablo II, Libertad, Virgen de Chaguaya, entre otros, ante la ausencia de espacios urbanos accesibles, crearon sindicatos que les permitieran —una vez adquiridos terrenos baldíos— instalarse conjuntamente para luego exigir al municipio la incorporación de estos asentamientos al área urbana y el reconocimiento del derecho propietario. Toda una estrategia para adquirir vivienda, una forma desordenada de urbanismo migratorio. (*Interculturalidad entre chapacos, quechuas...*)

En Pando, los “collas” han aprovechado su habilidad heredada en la práctica del sindicalismo hasta predominar en las organizaciones locales de campesinos, transportistas, comerciantes informales, agrupaciones artesanales y gremios de servicios. (*Migraciones internas nacionales a Pando...*)

En latitudes tan alejadas del epicentro político nacional, las migraciones cumplen la función estatal de delimitar, físicamente, los límites fronterizos. En Pando, la frontera con Brasil está demarcada y sostenida por comunidades —como Soberanía y Nueva Esperanza— cuya existencia es producto de la migración espontánea. El éxito de este tipo de colonización —frente al fracaso de los intentos de colonización dirigida— prueba la fertilidad de las estrategias de migración no estatales.

En El Alto, la organización de la inmensa feria 16 de Julio —que se instala los jueves y domingos ocupando unos cuatro barrios de la zona norte— ha adquirido tal grado de complejidad, precisión y aglutinamiento que constituye, en sí misma, una asombrosa obra de arquitectura social.

En los límites periurbanos de Santa Cruz, 25 comunidades y “barrios” del área integrada —unos 3.500 guaraníes aproximadamente, provenientes del Chaco— se organizaron, en 1992, como Capitanía Guaraní Zona Cruz. Se trata de una experiencia organizativa inédita, puesto que los guaraníes del área integrada de Santa Cruz

son el único pueblo indígena urbano de las tierras bajas que cuenta “por un lado, con una organización propia y, por otro, con un espacio de ‘comunidades’ relativamente similar al de las zonas de origen”. (Los indígenas olvidados...)

Todas estas estructuras de organización, por su institucionalidad, por su legitimidad adquirida y por la enorme utilidad cotidiana que tienen, constituyen, de hecho, una forma de hacer Estado dentro del Estado. En manos de estas redes quedan atribuciones propias de las instancias estatales: el acceso a la vivienda, a la salud, a la educación, al agua potable, al alcantarillado, al suministro eléctrico y hasta a la recreación. Necesidades que cuando no encuentran satisfacción son volcadas —por estas mismas redes de organización— contra el Estado (véase octubre de 2003 y El Alto).

Mutuales del fútbol

La recreación no es un tema menor. Las organizaciones lúdicas y recreativas son, por lo general, eslabones de ascenso social y de prestigio para el inmigrante. En El Alto, los clubes y las ligas deportivas (sobre todo las de fútbol) regulan, culturalmente, las relaciones campo-ciudad y funcionan —más allá de la competencia estrictamente deportiva— como mutuales de compadrazgo; alternativas a una seguridad social inexistente.

“La lógica de la competencia que se imprime en estos campeonatos implica, muchas veces, un campo de disputas simbólicas. Las distintas ligas se estructuran en función a la procedencia de los migrantes como es el caso de la Liga Pacajes, o en función a los gremios (campeonatos de profesores, de sastres, de mecánicos). De por medio no está solamente ganar el trofeo o conseguir el ascenso a

otra categoría, sino el acrecentar el capital simbólico...”. (*Ser joven en El Alto*)

En última instancia, todo se reduce a estrategias de inserción. Jugar bien al fútbol le puede permitir, a un inmigrante, encontrar trabajo. Detrás de toda organización hay, sin duda, determinantes motivaciones laborales. En Pando, participar de alguna de las formas organizativas puede facilitarle, al inmigrante, acceder a la actividad del comercio informal irradiado desde la zona franca de Cobija, insertarse a la cadena de extracción y procesamiento de la castaña o incorporarse a los circuitos de explotación y tratamiento de madera. (*Migraciones internas nacionales a Pando...*)

Los inmigrantes tienen tan mala prensa que asociar migraciones y desarrollo es un ejercicio poco común. Sin embargo, invirtiendo el discurso predominante se puede concluir que la fuerza laboral desplazada por las migraciones internas es un factor definitivo en la dinamización de las economías regionales. ¿Quién sino los inmigrantes (muchos de ellos indígenas) satisfacen los 600 mil empleos que, según la Cámara Agropecuaria del Oriente, demanda la actividad agropecuaria en Santa Cruz?

Para los empresarios, la zafra es simplemente una fase más del proceso agroindustrial que concluye con la exportación; para los guaraníes residentes en Zona Cruz, “el tiempo de zafra es el momento de enterarse de las noticias de la comunidad, consolidar amistades y cementar lazos familiares”. (Los indígenas olvidados...)

Distintas formas de comprender el mundo en un mismo contexto. Un contexto determinado por las posibilidades de producir y difundir discursos. Mientras la voz de los inmigrantes está permanentemente excluida de los medios, las élites cruceñas monopolizan y se atribuyen exclusivamente la autoría del desarrollo económico regional.

Migraciones constituyentes

Relacionar migraciones y Asamblea Constituyente puede parecer forzado, impertinente y hasta oportunista. Sin embargo, no lo es. En la agenda del país figura, en primer lugar, el diseño y consenso de un modelo de interculturalidad (“proceso de convivencia humana basado en el respeto a valores de diversas culturas relacionadas entre sí por compartir un determinado contexto o entorno”).

En síntesis, la Asamblea Constituyente pretende alcanzar un pacto político que exprese, esencialmente, un esquema viable y renovado de convivencia social y de interculturalidad política. De hecho, uno de los planteamientos de organizaciones sociales, sectores indígenas y campesinos es que el Estado que surja de la Constituyente debe ser capaz de ejecutar, de llevar a la práctica los conceptos de lo pluriétnico y lo multicultural incorporados en el texto constitucional hace ya diez años, en 1994.

Camino de la Constituyente y considerando que los distintos intentos del Estado por aplicar recetas interculturales han tenido un éxito discutible (desde la Reforma Educativa hasta el respeto al derecho indígena), se puede proponer la experiencia de las migraciones y los espacios que éstas generan como un modelo vigente, diario y cotidiano, de interculturalidad. No se trata, en absoluto, de una fórmula idílica que pueda ser considerada como el currículo intercultural con la receta exacta para la convivencia. Sin embargo, sí que se trata de un espacio enormemente fértil hacia el que debería mirar un país con aspiraciones de refundación.

De alguna manera, las migraciones se anticipan a la agenda política. Mientras se discute acaloradamente si es posible ingeniar un proyecto común de país, las migraciones señalan experiencias colectivas de convivencia y pertenencia que son, sobre el terreno, ejercicios prácticos de comunidad. En su recorrido permanente, los desplazamientos de población que surcan el territorio boliviano, van dejando el rastro de una identidad compartida que, sin necesidad de mucha argamasa, podría servir de punto de partida y sustrato para el debate constituyente sobre la confundida identidad nacional.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- | | | |
|---|--|---|
| Combès, Isabel
2005 <i>Los indígenas olvidados: Los guaraníes chiriguano urbanos y peri-urbanos en Santa Cruz de la Sierra</i> . La Paz: PIEB. | Lea Plaza, Sergio
2005 <i>Tarija en los imaginarios urbanos</i> . La Paz: PIEB. | cruceño: <i>Un estudio sobre la identidad en Santa Cruz de la Sierra</i> . La Paz: PIEB. |
| Peña M., Lourdes
2003 <i>Interculturalidad entre Chapacos, quechuas, aymaras y cambas en Tarija</i> . La Paz: PIEB. | Guaygua, Germán
2000 <i>Ser joven en El Alto</i> . La Paz: PIEB. | Rojas Canelas, Juan César
2004 <i>Migraciones internas nacionales a Pando y su participación en el desarrollo departamental</i> . Avance de Investigación: PIEB. |
| | Hinojosa, Alfonso
2000 <i>Idas y Venidas</i> . La Paz: PIEB. | INE
2003 <i>Bolivia: Características sociodemográficas de la población</i> . La Paz: INE. |
| | Peña, Paula
2003 <i>La permanente construcción de lo</i> | |